



## ¿El país de la felicidad?

Alejandra Ramírez Rúa

Estudiante Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Lengua Castellana. CREAD Ibagué.

*Hay dos tipos de educación, la que te enseña a ganarte la vida y la que te enseña a vivir.*

*Antony de Melo*

En repetidas ocasiones las encuestas de la firma Win Gallup han revelado que Colombia es uno de los países más felices del mundo. En el ranking del pasado año (2013) ocupa el honorable primer puesto, entre más de 50 países encuestados. Pero lo que verdaderamente debería causar una reacción de sorpresa es saber qué métodos o parámetros se tienen presentes en esta clase de encuestas para medir la felicidad (¿será mejor resignación?), porque resulta un tanto difícil creer tanta dicha en un país que también encabeza listados no tan halagadores como el que posee mayor número de desplazados internos en el mundo, con la alarmante cifra de 5 millones de víctimas de este flagelo, además de ser uno de los países con más minas antipersonas a nivel mundial, después de Afganistán y Camboya, junto a otras tantas cifras vergonzosas de desnutrición y desempleo, sumando a esto la situaciones de guerrillas, corrupción, pobreza, politiquería, impunidad, violación a los derechos, lo cual no afecta solamente a una minoría. Estas realidades obligan a pensar a qué clase de felicidad se refieren dichas encuestas, o qué es lo que entienden por felicidad quienes supuestamente participan en ellas, o cabe también la posibilidad de creer que esto no será más que mecanismos y estrategias de comercio.

Y es precisamente en este país de la felicidad, donde el contexto educativo también tiene su



lado poco jocoso, pues venden la idea de una supuesta educación gratuita cobijada por una falacia de *Prosperidad para todos* con la que se jacta el gobierno actual. Pero que al mirar las cifras, según las encuestas del DANE, en Colombia todavía hay una población cercana a los 2 millones de iletrados y la cobertura en educación superior es tan sólo de un 35%. La pregunta adecuada es si la supuesta felicidad en los niños y jóvenes de la que hablan las encuestas se debe al hecho de no tener que asistir cada día a la escuela por ser la mayoría de las veces lugares semejantes a centros de vigilancia, más que espacios agradables de interacción y aprendizaje. O quizá en este tipo de encuestas no tienen en cuenta a esta significativa población de personas desescolarizadas.

Para hablar del gremio de los maestros en el lindo país de los carnavales y reinados, cabe recordar que muchos trabajan por salarios de miseria, en “colegios” que no tienen si quiera una infraestructura adecuada para tales fines, ciertamente esta debe ser una razón de peso para que no se sientan motivados a dar lo mejor de sí en su profesión (aunque no debe ser la excusa para justificar la anti-enseñanza). En una realidad socioeconómica como la de nuestro país, es un factor que no se puede aislar, también hay que ponerse en los zapatos del otro, porque de no ser esta una razón de peso no quedaría más remedio que pensar en los maestros, como lo hace Pedro García Olivo (2011), cuando se refiere a los profesores no como aquellas víctimas de una falsa conciencia, sino como aquellos agentes que agreden de una

conciencia desalmada, porque aun sabiéndolo, siguen adelante.

Pero hay que tener presente dos realidades, 1) que el fracaso no es sólo culpa de los docentes, ni de los estudiantes, sino también del sistema, 2) El docente sí puede hacer la diferencia, porque el aula de clase es un espacio que puede habitar de acuerdo a lo que él mismo disponga, aunque tenga que estar regido por un currículo, por normas del establecimiento educativo y por el Ministerio de Educación, quien puede establecer los parámetros para que las clases tengan un direccionamiento más dinámico y pedagógico. Dice sabiamente Steiner en el libro *Lecciones de los maestros* que: “Un maestro invade, irrumpe, puede arrasar con el fin de limpiar y reconstruir. Una enseñanza deficiente, una rutina pedagógica, un estilo de instrucción, que conscientemente o no, sea cínico en sus metas meramente utilitarias, son destructivas. La mala enseñanza es, casi literalmente, asesina y, metafóricamente hablando un pecado (2004, p. 26).

De ahí que un maestro puede ser tan importante como para *prender fuego en las almas nacientes de sus alumnos*, porque sabe lo que está en juego, sabe la gran oportunidad que tiene de crear escenarios de reflexión y participación, de fortalecer conciencias y mantener entusiasmados a aquellos soñadores incansables con los que a diario se encuentra, sabiendo que si cultiva y potencia esas ilusiones y respeta la espontaneidad propia de estas edades, en contra de una sociedad cada vez más pesimista, existe la certeza de estar acompañando a los futuros cientí-

ficos y artistas como ha sucedido en el devenir de la historia, de manera que no hay que forzar a nadie, ni tener la mirada fija en unos objetivos, sino en sus procesos, hablarles de sus emociones, permitirles el replanteamiento y la pregunta, mover el interés, despertar las partes creativas, no repetir ideas sino crearlas.

De esa manera, el docente tiene una herramienta poderosa para llegar a sus estudiantes y es la palabra. Paulo Freire (1970) en su *Pedagogía del oprimido* habla sobre ésta, de tal modo que para él es acción y reflexión, las cuales no se deben nunca desligar, pues ambas constituyen

una praxis inquebrantable; de no ser así, se convierte en palabra inauténtica que no es otra cosa que solo palabrería o mero verbalismo, “por ella alienada y alienante. Es una palabra hueca de la cual no se puede esperar la denuncia del mundo, dado que no hay denuncia verdadera sin compromiso, ni compromiso sin acción” (p. 70).

Más adelante este mismo autor dice algo cierto y necesario, “los hombres no se hacen en el silencio, sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión” (p. 71). Por eso la importancia de la educación, de los buenos maestros que propicien espacios donde se despierten conciencias capaces de enfrentarse a un mundo, de alzar la voz cuando sea la ocasión, pero de permanecer cuando haya que luchar, de implicarse para no ser en el mañana objeto de aquellos que manejan a la sociedad como si se tratara de un juego de ajedrez.

Por eso cabe destacar las diferentes formas de relación entre maestro/discípulo que retoma Adolfo Castañón (2006) del libro de Steiner, el cual define cuatro casos o escenarios de la enseñanza y la recepción: 1) el del maestro que destruye al discípulo; 2) el del discípulo que destruye al maestro; 3) el de la armonía amorosa de la enseñanza y la recepción; 4) el de la negativa del maestro a transmitir o la imposibilidad de encontrar discípulos (párrafo 4). Pero en la actualidad es difícil incluso saber qué clase de relación existe entre maestro y alumno, pues la mayoría de las veces solo consiste en un pequeño lapso de tiempo que debe ser aprovechado únicamente para cumplir con los obje-



tivos del plan de área, entonces se encuentran toda clase de maestros, aquellos apegados a la normatividad que son en extremo cuadrícula-dos y que no se atreven a hacer nada diferente a lo que les exigen desde arriba, hay otros tantos que están en un estado de resignación y sólo van a dictar (literalmente) sus clases porque para ellos lo único importante es devengar la remuneración económica. Hay muchos que no permiten que sus alumnos vayan más allá de sus enseñanzas porque él debe ser el que controla la situación. Están los atrasados que se niegan a aceptar los avances tecnológicos como herramientas pedagógicas, quienes solo ven los aspectos negativos de sus cursos. Los excesivamente teóricos y metodológicos que se vuelven fríos y distantes. El que se preocupa más por imponerse que por enseñar, el que se siente amenazado siempre por los actos de sus estudiantes.

Dice Zuleta (1985) “Para poder ser maestro es necesario amar algo; para poder introducir algo es necesario amarlo. La educación no puede eludir esta exigencia sin la cual su ineficacia es máxima: el amor hacia aquello que se está tratando de enseñar” (p. 41). Nadie debería dar lección de lo que no ama porque sería un mero transmisor de conocimientos impávidos que carecen de profundidad y de magia. Se necesitan docentes que amen lo que hacen, ya que su trabajo es importantísimo, deben promover a la gente para que no se adapte a sistemas inhumanos que los conducen a una especie de resignación, hay que hacerles enten-

der que manifestando sus inconformidades y expresando libremente su punto de vista unido junto a otras voces que sienten lo mismo pueden derrumbar cualquier sistema destructor e inhumano.

Finalmente, hay que concluir diciendo que si este es un país llamado de la felicidad, también entonces se puede decir a viva voz que en Colombia los “héroes” si existen (y no precisamente son los de las fuerzas militares) sino aquellos que como se dice en lenguaje coloquial “trabajan con las uñas” y demuestran con sus actos coherentes que hay otra forma de ser maestros, pues aunque no tengan súper poderes, ni una enorme fanaticada, son personas que cuentan con un espíritu contagioso, emprendedor, cargado de buena energía, con grandes ideales, que hacen revolución de las cosas sencillas, aquellos que revisan constantemente sus prácticas pedagógicas, que ayudan a formar seres libres, pensadores, independientes y críticos. Capaces de aportar todo su ingenio, creatividad e inteligencia en función de la sociedad y no se limitan simplemente a ser formadores de entes útiles para enriquecer el comercio y sus demandas.

Es bueno creer que en la vida al menos cada ser humano que ha pasado por la escuela se ha topado con uno de esos seres heroicos revolucionarios, que de lo pequeño hacen la gran diferencia, y son precisamente esas revoluciones las que se necesitan dentro de un sistema educativo como el del país más “feliz” del mundo.